

de serpientes; y habiendo estallado una gran tempestad, Mucilinda se rodeó con su cuerpo de serpiente al cuerpo de Buda y le cubrió con su hinchado cuello para protegerle contra el temporal, y lo mismo hicieron otros reyes de serpientes que acudieron del Este, Sur, Oeste y Norte. Cuando al cabo de algunas semanas hubo cesado la tempestad, desarrollaron los jefes de las serpientes sus cuerpos y regresaron á sus moradas, después de haber cumplido los saludos más respetuosos, inclinando su cabeza y dando tres vueltas alrededor de Buda.

Buda pasó la sexta semana al pie de un árbol, á orillas del Nairanshana. Allí vivían muchos maestros con sus discípulos, ascetas y otros anacoretas, que acudieron para preguntarle por su salud y cómo había pasado la tempestad. Entonces formuló Buda esta sentencia: «Este mundo arde en sensualidad, y á pesar de su temor ante el peligro que corre, sigue el impulso de su vida material.»

Pasó la séptima semana al pie del árbol de la salvación, llamado *tarayana*. Entonces sucedió que dos hermanos comerciantes, Trapusha y Balica, pasaron por aquella comarca en su viaje al Norte de la India, de donde eran originarios, con su caravana formada de quinientos carros cargados de riquísimas mercancías y gran número de hombres. Habían salvado en su larga expedición con toda felicidad muchos y grandes peligros y obstáculos, cuando al llegar cerca del árbol de la salvación se vieron detenidos, hundiéndose las ruedas de sus carros en el suelo y ellos sin poder hacer andar al ganado. Espantados los dos hermanos, enviaron jinetes en todas direcciones para descubrir la causa de la alarma del ganado, pero nada descubrieron; sólo oyeron la voz de una diosa de la selva que les dijo: «Nada temáis;» y pasando adelante vieron al Buda en su hábito de monje mendicante, y habiendo llegado la hora de comer, comprendieron que era necesario dar su parte al monje, pues en el instante de divisarle oyeron una voz divina que decía: «Es el Buda venido para la salvación del mundo, y si queréis alcanzar la bienaventuranza, dadle de comer cariñosamente.» No estando

preparados, tomaron lo que tenían, miel, torta de pan y azúcar de caña, y haciendo los saludos más respetuosos, ofrecieronlo al monje, suplicándole que se dignara aceptar su ofrenda.

No había tomado el Buda ningún alimento, ni comida ni bebida, desde el plato de arroz con leche y miel que le había preparado Sudyata, y desde aquel día había desaparecido también su olla de barro de monje mendicante. Los cuatro guardas del mundo observaron esta falta y ofrecieron al santo varón fuentes de oro, que este último no aceptó, por ser impropias de un cramaña, é igualmente rechazó otras fuentes ó escudillas preciosas, como eran las de lapislázuli, de zafiro, etc., que le presentaron los dioses. Finalmente le llevaron cada uno una, hecha de piedra común, que aceptó, y para no lastimar á ninguno de los cuatro dioses dadores, unió las cuatro escudillas de piedra en una sola, de la que se sirvió en adelante. En esto había llegado la hora de ordeñar la vacas de la caravana, y los dueños ofrecieron la flor de la leche al iluminado perfecto, el cual admitió bondadosamente la ofrenda y dió á los dos comerciantes su bendición en estos términos:

«Feliz sea vuestro viaje, feliz vuestro regreso; que encontréis felices á los vuestros y que ellos os vuelvan á ver felices también; que Indra, Yaxa y Cubera, siempre favorables á los que se muestran dignos de su protección, os den siempre suerte y, al fin, la salud eterna.»

Al bendecir á los dos hermanos, anuncióles que en otra vida futura llegarían á un alto grado de iluminación. Esta fué la primera predicción y promesa de Buda. Los dos hermanos comerciantes y todos los compañeros de viaje se hicieron adeptos de Buda y fueron los primeros hermanos laicos de la comunidad budista.

Buda volvió á sentarse al pie del árbol de la salvación y meditó sobre su doctrina, diciéndose á sí mismo: «Esta mi doctrina es profunda, complicada é inaccesible á las inteligencias comunes; por tanto, no quiero enseñarla y prefiero continuar en mi silencio.» Mas el gran Brahma, el señor de los tres millares de



miles de mundos, había determinado otra cosa, y haciendo resonar su voz por todos los cielos, dijo: «El mundo acabará y se hundirá, porque el que ha alcanzado la perfección no quiere enseñar mi ley.» Entonces acudieron grandes masas de dioses superiores y con ellos marchó Brahma adonde estaba Buda y le suplicó que enseñara su ley, la ley de Buda, y éste, sin salir de su silencio, le significó que cumpliría su deseo. Volviendo, sin embargo, á encontrar nuevas dificultades para cumplirlo, se le acercó Sacra, á excitación del gran Brahma, con las multitudes de dioses de las regiones media é inferior, y le suplicó respetuosamente que se levantara y que comunicase al mundo, obcecado y sumido en las tinieblas, la luz de su iluminación. Buda continuó en su silencio, y volviendo á suplicarle el gran Brahma, dijo: «Profunda, complicada, difícil, incomprendible é inaccesible á las inteligencias comunes es mi ley, y si la enseñase no sería comprendida, lo que para mí sería doloroso, y por esto quiero continuar en mi silencio.» Con esta contestación se retiraron los dioses tristes y afligidos.

Por tres veces se resistió Buda á satisfacer el deseo de los dioses y á proclamar su ley; pero un día, al dirigir su mirada iluminada sobre el pueblo de Maghada y pensando en su obcecación, error y falta de criterio, distinguió tres clases de inteligencias y se dijo: «Una parte de esta gente quedaría esclava del error aunque enseñara yo mi ley; otra parte, que anda por buen camino, me comprendería naturalmente; pero la tercera parte, ó sean aquellos que oscilan entre los dos extremos, nunca podrían seguir mi ley si no la enseñara, y si la enseñara hay la posibilidad de que me entendiesen.» La compasión que esta clase le inspiró determinó entonces á Buda á proclamar su ley, y así lo participó al gran Brahma, que había vuelto á sus súplicas y á excitar su compasión, diciéndole: «Pues bien: ábranse las puertas de la salvación á los que quieran escuchar; los de Maghada conocerán mi ley si me prestan oído sin falsedad y confiando en mí.»

Al oír esto Brahma se retiró muy gozoso, y pronto resonaron todos los cielos de júbilo, y lluvias de flores y perfumes cayeron

sobre Buda, que empezó á proclamar su ley, como veremos, en el bosque de las gacelas en Varanasi.

Reflexionando sobre las personas á quienes comunicaría primero su doctrina, pensó en los dos maestros Rudraca, el hijo de Rama, y Arada Calapa, en cuyas escuelas había estado; pero pronto vió con su vista espiritual, y los dioses se lo confirmaron, que los dos habían muerto, el primero hacía siete días y el segundo sólo tres. Los dos, á haber vivido, habrían aceptado, en su opinión, su doctrina sin repugnancia; pero habiendo muerto ya, sólo quedaba á Buda el sentimiento de que habían dejado esta vida sin haber conocido la nueva ley. Quedaban aquellos cinco compañeros suyos que le habían abandonado al ver que había renunciado á sus mortificaciones y se habían dirigido al bosque de las gacelas en el país de los casis, y allí se decidió á pasar para proclamar su doctrina. Dejó, pues, su trono al pie del árbol de la ciencia, atravesó el país de Maghada y se dirigió al de Casi.

En el camino, antes de llegar á Gaya, encontró á un monje mendicante llamado Ayivica, que le dijo: «¡Cuán claras, puras y serenas están tus facultades, Gautama, y cuán hermosos son tu color y aspecto! Redonda y lustrosa como la luna de otoño es tu cara. ¿A qué escuela perteneces, Gautama?» A esto contestó Buda: «No tengo maestro, ni hay quien se me parezca; yo soy el único iluminado que ha alcanzado la perfección y la tranquilidad de espíritu. — Pues bien, le replicó el otro, á mí bien me reconocerás la categoría de *arhant*, de maestro venerable. — Yo soy *arhant*, soy el maestro supremo y no tengo rival ni entre los dioses, ni entre los asuras y gandharvas,» le contestó Buda; y el otro dijo: «Entonces me reconocerás el título de *shina*, vencedor,» á lo cual respondió Buda: «Vencedores se llaman aquellos que como yo han vencido todos los defectos; yo he vencido el mal, y así soy yo el vencedor.» Preguntó Ayivica á Buda adónde iba, y éste le dijo que iba á Varanasi, á la ciudad de los casis. «Quiero, añadió, con una luz incomparable iluminar aquel mundo obcecado; tocaré el tambor de la salud del alma y daré á la



rueda de la ley un impulso que nunca ha tenido.» A esto contestó el otro: «Cúmplase tu deseo, Gautama,» y dicho esto tomó la dirección del Sur, mientras Buda siguió su camino en dirección Noroeste.

En todas partes por donde pasó Buda fué recibido con amor y cariño; en Gaya le obsequió Sudarsana, rey de serpientes, y en Rohitavastu, Uruvilvacalpa, Anala, en fin, en todas partes fué recibido y aprovisionado abundantemente en todas las casas. Al llegar á orillas del Ganges estaba crecido el río, y al entrar en la barca le pidió el barquero el precio del pasaje. «No tengo dinero,» le dijo Buda; y diciendo así, elevóse en el aire y pasó volando á la otra orilla. El barquero quedó consternado y sintió haber negado el pasaje gratuito evidentemente á un santo. Cuando el rey Bimbisara supo lo sucedido, mandó que en lo sucesivo fuesen trasladados gratis á la otra orilla todos los monjes ambulantes.

Así llegó Buda á Varanasi; recorrió esta gran ciudad en su hábito monástico y con su olla de limosnas, y habiendo recogido abundante alimento, comió y se dirigió á Richipatana, el bosque de gacelas, en busca de sus cinco compañeros de otro tiempo, que al verle venir desde lejos concertaron la manera de recibirle, diciendo: «Ahí viene aquel Gautama, aquel goloso que no supo continuar sus abstinencias; si entonces no supo llegar á la sabiduría sublime, menos habrá llegado ahora, que está harto. No saldremos á recibirle, ni nos levantaremos de nuestros asientos, ni le quitaremos la capa ni la olla, ni le ofreceremos de comer y beber ni taburete; que se siente donde pueda.» Así dijeron, y sólo Aynata-Caundiña no tomó parte en la conversación; mas á medida que se aproximaba Buda, los cinco se iban inquietando en sus asientos, hasta que á semejanza de un pájaro encerrado en la jaula, que no está bien en ninguna parte, se levantaron todos cinco sin saber cómo y fueron á recibir al santo perfecto; uno le quitó respetuosamente la capa y la olla, otro le preparó un asiento, un tercero le puso un taburete, el cuarto corrió á presentarle agua para lavarse los pies, y todos juntos le dieron la bienvenida, invitándole á tomar asiento. Aceptó el santo perfec-

to, los cinco compañeros se sentaron cerca de él y se entabló la conversación, por cierto cariñosa. Todos le hablaron como lo había hecho Ayivica, alabando su aspecto hermoso y su inteligencia clara. «Quizás, dijo uno, habéis tenido una revelación sobrehumana. — No me tratéis como igual, dijo Buda, porque me ha sido revelado el camino de la inmortalidad; soy Buda, el que todo lo ve y todo lo sabe, el que no tiene mancha y el que ha mostrado la tranquilidad anhelada. Dueño de la verdad, os la comunicaré: venid y escuchad. Enseñados por mí quedaréis purificados, y habiendo penetrado la verdad, habréis adquirido la sabiduría verdadera. Entonces ya no habrá necesidad de nuevas vidas, entonces conoceremos claramente la vida que exige Brahma, y obrando conforme á su ley no tendremos ya que pasar por nuevas vidas.»

Para probar á sus antiguos compañeros la verdad de cuanto decía, les repitió cuanto habían pensado y concertado cuando le habían visto llegar, y entonces acabaron todas sus dudas y quedaron convencidos. Arrepentidos y humildes, arrojáronse á los pies del santo y le reconocieron por maestro, llenos de amor, de confianza y de veneración, y Buda reconoció que había encontrado el lugar á propósito para empezar la propagación de su doctrina. Salió de él una claridad como la que al realizarse su nacimiento penetró en los abismos más profundos del infierno; la tierra se conmovió, y como entonces, quedaron calmadas todas las penas, discordias y calamidades, y reinaron en su lugar en todas partes la paz, la concordia, la alegría y la satisfacción. Se oyeron voces que desde el seno del resplándor glorificaban al que había llegado á la perfección y había venido á enseñar su ley. Innumerales dioses de todos los cielos, los cuatro dioses custodios del mundo, Indra y Brahma, todos acudieron, se inclinaron ante Buda, celebrando su caridad y compasión, y le suplicaron que predicara su doctrina para libertar este mísero mundo. En las alturas apareció una rueda de oro y de piedras preciosas, y el dios que tenía esta rueda, la de la nueva ley, excitó á Buda á cumplir su promesa.



Buda pasó en silencio el primer tercio de la noche; amenizó la segunda vigilia con agradable plática, y en la tercera predicó á los cinco nobles oyentes su doctrina.

Caundiña fué, según la tradición, el primero que comprendió las verdades, y al conocerlo Buda, exclamó gozoso: «¡*Ajnata!*,» que quiere decir: «¡Has comprendido!,» de donde quedó á este discípulo por sobrenombre *Ajnata*. Los compañeros siguieron su ejemplo; todos suplicaron al santo que les admitiera como discípulos y así lo hizo Buda, diciendo á cada uno: «Acércate, bhixu (monje mendicante, que ha hecho voto de pobreza y de renuncia al mundo), buena enseñanza es esta ley; observa una conducta santa y vencerás todas las penas.»

Así quedó constituida la primera comunidad budista, compuesta de Buda y de sus cinco discípulos. Una noche, hallándose Buda paseando á orillas del Asi ó Varanasi, que desemboca cerca de Benarés en el Ganges, oyó desde la otra orilla á un joven de familia noble, llamado Yasas, que había huído de la casa paterna para buscar su salvación y que gritaba: «¡Sramana (anacoreta), yo padezco, yo padezco!,» y el santo le contestó: «Ven acá, monje; aquí no hay ni padecimientos ni peligro.» Obedeció el joven, encontró el consuelo que buscaba y comprendió la nueva verdad. Al poco tiempo llegó también su padre, el cual había encontrado las huellas de su hijo, que había dejado en la otra orilla sus zapatos bordados de oro; oyó el sermón de Buda y al día siguiente convirtiéndose á la nueva ley con su esposa y la de su hijo, y fueron los primeros miembros legos de la comunidad, pues el hijo, Yasas, entro como séptimo discípulo en la orden monástica. La comunidad se compuso, pues, desde entonces del maestro y de nueve miembros entre monjes y legos (el padre de Yasas y las dos mujeres), á los cuales se agregaron luego en calidad de monjes cuatro amigos de Yasas, cuyos nombres, Sin mancha (*Vimala*), Brazo hermoso (*Subahu*), Ganancia completa (*Purnayit*) y señor de vacadas (*Gavampati*), parecen legendarios, pero indican la riqueza y posición elevada de los nuevos adeptos, que á su vez fueron seguidos por otros cin-

cuenta jóvenes, hijos de las familias más notables de Benarés. Todos escucharon las explicaciones del bondadoso santo y adelantaron rápidamente en el camino de la santidad, de suerte que la comunidad santa contó pronto sesenta miembros. Toda la comunidad pasó la estación lluviosa en Benarés ó en sus inmediaciones aprendiendo y enseñando á otros la nueva ley, como solían hacer otras comunidades monásticas, viviendo como ellas de las limosnas que les daban los particulares piadosos del país, que también, cuando era menester, les daban alojamiento. Más adelante, varios príncipes y otros protectores, ricos y piadosos, regalaron á Buda ó á sus discípulos notables, terrenos y edificios para pasar en ellos la estación lluviosa. Estos edificios se fueron engrandeciendo; algunos llegaron á ser conventos monumentales con magníficas arcadas, agregándose á muchos de ellos pagodas ó templos suntuosos, jardines y otras obras en que rivalizan la naturaleza y el arte y que sorprenden al espectador.

Pasada la estación lluviosa, el maestro reunió á todos sus discípulos y los envió á predicar por todo el mundo la doctrina de salvación.

Por aquel tiempo volvió á acercarse al Perfecto el espíritu de la muerte; pero al decirle Buda: «En mí se ha extinguido todo deseo; estás vencido, Mara,» se vió vencido el espíritu protervo y desapareció triste y derrotado.

El Perfecto, al trasladarse de Benarés á Uruvilva, lugar que había escogido para enseñar la ley, descansó apartado del camino en un bosque, donde una comitiva de jóvenes distinguidos que iban en busca de una mujer, le preguntaron respetuosamente si la había visto por allí, á lo cual él les contestó: «Vais en busca de una mujer de placer; ¿no sería mejor que os buscarais á vosotros mismos?» Y cuando los así interrogados confesaron avergonzados que lo último sería mejor, les hizo sentar y les predicó su doctrina de la verdad, y los jóvenes en número de treinta se convirtieron y fueron individuos de su comunidad. Después de esto siguió Buda su camino y llegó á Uruvilva, donde estaban los tres hermanos Casiapa, llamados, según su



ermita, Uruvilva, Nadi y Gaya-Casiapa. Eran descendientes de una antigua familia de sacerdotes; rendían culto á Agni y eran ascetas que llevaban trenzas, teniendo el mayor quinientos discípulos y adeptos, y los otros dos juntos otros tantos. A éstos se acercó Buda, tratando de convertirles con sus milagros para demostrarles su poder superior, pasando entre ellos una noche en su morada. En ella reinaba un dragón que escupía veneno y fuego, pero al cual el Perfecto venció y encerró en su caja de limosnas, dentro de la cual le enseñó á la mañana siguiente á los asombrados hermanos. Otra vez lluvias torrenciales fuera de tiempo inundaron todo el bosque donde estaba el Perfecto, y dirigiéndose los hermanos ansiosos al sitio que solía ocupar, le encontraron sentado en seco, mientras las lluvias y las aguas pasaban por encima de aquel sitio. Al verles pasó el santo por los aires adonde estaban ellos, diciendo uno de los Casiapa: «En verdad este sramana tiene gran poder, sólo que no me iguala á mí en santidad» y lo repitió á todos los milagros que el santo hizo á millares. El santo se propuso humillar su vanidad y le dijo: «No eres santo, Casiapa, has errado el camino de la santidad,» y esta palabra hizo lo que no habían podido lograr todos los milagros: Casiapa-Uruvilva se prosternó delante de él y le suplicó que le admitiese entre sus discípulos; sus adeptos siguieron su ejemplo; cortáronse sus trenzas y barbas y las arrojaron al río con todos los utensilios de los sacrificios de Agni, siendo recibidos y consagrados discípulos de Buda. Cuando los otros dos hermanos de Casiapa supieron lo sucedido, acudieron también con sus adeptos é ingresaron en la comunidad de Buda. Este pasó con los mil nuevos adeptos á la colina de Gaya, donde predicó á los reunidos.

Después pasó con sus mil monjes de un punto á otro hasta el bosque de bambúes de Radyagriha, precedido por su fama, que puso en movimiento toda la ciudad residencia del rey Bimbisara. El Perfecto había prometido ir á visitarle, de manera que sabiendo el rey la proximidad de Buda, salió á recibirle con una inmensa multitud, para ver y oír al «maestro de los dioses

y de los hombres,» al cual saludó respetuosamente. Después de haber predicado á la multitud, y de habersele presentado muchos miles, declarándose hermanos legos de la comunidad santa, el rey se dirigió al Perfecto, diciendo: «Mis deseos, señor, quedan cumplidos; ha visitado mi imperio el Buda perfecto; he oído y comprendido su doctrina. Me ha sucedido lo que á una casa derribada que se vuelve á levantar, lo que á un objeto oculto que queda manifiesto, lo que á un extraviado que vuelve á encontrar su camino; y así como la luz dispersa las tinieblas, del mismo modo ha disipado mi incertidumbre el sermón en el cual el bienaventurado ha presentado su doctrina de varias maneras; me refugio, pues, ¡oh señor!, en el bienaventurado, en la ley y en la comunidad de sus discípulos, y pertenezca yo desde ahora, para toda mi vida, al bienaventurado, como aquellos que se han refugiado en él.» Dicho esto, convidó al Buda á comer con él con toda su comunidad de discípulos al día siguiente, á lo cual el Perfecto accedió, pasando al día siguiente á la ciudad y al palacio del rey. Según la leyenda, le abrió camino al través de la multitud Sakra, el rey de los dioses, disfrazado de joven bramán. Cuando hubieron comido, el rey mandó llevar una copa de oro con agua y dijo que deseaba dar á la comunidad budista un sitio tranquilo y agradable no lejos de su capital y que por lo mismo le quería regalar á perpetuidad el bosque de bambúes y su jardín real. En señal de donación echó agua de la copa en la mano que le alargó el Buda en prueba de que aceptaba el regalo, y después de haber entretenido al rey con otras explicaciones de su doctrina, se dirigió muy contento con su comunidad al bosque de bambúes, donde dijo á los monjes: «Os permito aceptar la donación.»

De esta manera adquirió la joven comunidad budista un domicilio fijo y propio en el país, á la par que un fuerte apoyo en la persona del rey, lo que fomentó extraordinariamente su fama y crecimiento, así como su seguridad contra los ataques exteriores.

Por aquel tiempo llegó á la misma capital una partida de ascetas ambulantes, hasta el número de doscientos cincuenta, con-